

de los terrones de tierra, en vez de cristalizar en el fondo de las charcas de agua. Los salitales se encuentran en las llanuras elevadas unos cuantos pies nada más sobre el nivel del mar ó en los terrenos de aluvión que costean á los ríos. M. Parchappe (1) ha visto que las costras salinas en las planicies sitas á algunas millas de distancia del mar consisten principalmente en sulfato de sosa y no contienen más que 7 por 100 de sal común, al paso que junto á la costa la sal común entra en la proporción de 37 por 100. Esta circunstancia induce á creer que el sulfato de sosa es engendrado en el suelo por el cloruro de sodio que quedó en la superficie durante el lento y reciente levantamiento de este país seco; sea como fuere, el fenómeno merece llamar la atención á los naturalistas. Las plantas vigorosas que crecen en el suelo y que, como el sabido, contienen mucha sosa, ¿tienen el poder de descomponer el cloruro sódico? El fango negro, fétido y abundante en materias orgánicas, ¿cede el azufre y por fin el ácido sulfúrico de que está saturado?

Dos días después me encamino de nuevo al puerto. Ya nos acercábamos al punto de llegada, cuando mi acompañante (el mismo hombre que me había guiado) vió á lo lejos tres personas cazando á caballo. Echó pie á tierra en seguida, los examinó con cuidado y me dijo: «No montan á caballo como cristianos y además nadie puede abandonar el fuerte.» Reuniéronse los tres cazadores y se apearon también. Por último, uno de ellos volvió á montar á caballo, dirigióse hacia lo alto de la colina y desapareció. Mi acompañante me dijo: «Ahora tenemos que montar otra vez á caballo,

(1) *Voyage dans l'Amérique méridionale*, por M. A. d'Orbigny, part. hist., tomo 1, pág. 664.

cargue V. su pistola», y examinó su sable. «¿Son indios?», le pregunté.—«¿Quién sabe? Pero, en fin, si no son más que tres, poco importa.» Entonces pensé que el hombre que desapareció detrás de la colina habría ido en busca del resto de la tribu. Comunicé este pensamiento á mi guía, el cual me contestaba siempre con su eterno «¿Quién sabe?» Sus ojos no se apartaban un instante del horizonte, escudriñándolo con cuidado. Su imperturbable sangre fría acabó por parecerme una verdadera broma, y le pregunté por qué no nos volvíamos al fuerte. Su respuesta me intranquilizó un poco: «Volvemos, dijo, pero de modo que vayamos junto á un pantano; pondremos allí á galope nuestros caballos y nos llevarán hasta donde puedan; después nos confiaremos á nuestras piernas; de este modo no hay peligro.» Confieso que, no sintiéndome muy convencido, le apremié á caminar más deprisa. «No, me respondió, mientras ellos no aceleren el paso.» Nos poníamos á galopar en cuanto una desigualdad del terreno nos ocultaba á los enemigos, pero cuando estábamos á la vista de ellos íbamos al paso. Por fin llegamos á un valle, y volviendo á la izquierda nos dirigimos rápidamente á galope tendido al pie de una colina; entonces me hizo tenerle el caballo, hizo acostarse á los perros y se adelantó arrastrándose á gatas para reconocer al pretense enemigo. Permaneció algún tiempo en esa postura, y á la postre, riéndose á carcajadas, exclamó: «¡Mujeres!» Acababa de reconocer á la esposa y á la cuñada del hijo del mayor de plaza, que iban buscando huevos de avestruz. He descrito la conducta de este hombre porque todos sus actos estaban dictados por el convencimiento de que teníamos indios al frente. Sin embargo, tan pronto como hubo descubierto su absurdo



error, me dió un sin fin de buenas razones para probarme que no podían ser indios, razones que un momento antes había olvidado en absoluto. Entonces nos encaminamos sosegadamente á Punta Alta, eminencia poco elevada, desde donde, sin embargo, podíamos descubrir casi todo el inmenso puerto de Bahía Blanca.

El agua está cortada por numerosos diques de barro, llamados *cangrejales* por los habitantes, á causa de la grandísima cantidad de cangrejos que hay allí. Ese barro es tan blando, que resulta imposible andar por él, ni siquiera algunos pasos. La mayor parte de esos diques están cubiertos de juncos muy largos, de los cuales sólo se ven las puntas en la marea alta. Un día que íbamos embarcados nos perdimos en medio de esos barrizales, hasta el punto de costarnos muchísimo trabajo salir de ellos. No podíamos ver más que la superficie llana del barro; el día no estaba muy claro; había una refracción muy fuerte, ó (para emplear la expresión de los marineros) «las cosas se miraban en el aire». El único objeto que no estaba á nivel era el horizonte; los juncos nos producían el efecto de matorrales suspensos en el aire; el agua nos parecía barro, y el barro agua.

Pasamos la noche en Punta Alta y me puse á buscar osamentas fósiles: en efecto, ese lugar es una verdadera catatumba de monstruos pertenecientes á razas extintas. La noche estaba muy tranquila y clara, el paisaje era interesante de puro monótono: nada más que diques de barro y gaviotas, colinas de arena y buitres. Á la mañana siguiente, al marcharnos, vimos las huellas recientes de un puma, pero sin poder descubrir al animal. Vimos también un par de zorritos, animales pestíferos bastante comunes. El zorrillo

se asemeja mucho al veso, pero es un poco más grande y mucho más grueso en proporción. Teniendo conciencia de su poder, no teme al hombre ni al perro y vaga en pleno día por la llanura. Si se azuza á un perro para que le ataque, detiéndose al punto en su carrera, dándole náuseas en cuanto el zorrillo deja caer algunas gotas de su aceite fétido. Si este aceite toca á cualquiera cosa, ya no puede hacerse uso de ella. Azara dice que puede percibirse su olor á una legua de distancia; más de una vez, al entrar en el puerto de Montevideo con viento de tierra, sentimos ese olor á bordo del *Beagle*. Lo cierto es que todos los animales se apresuran á alejarse para dejar pasar al zorrillo.